

PATRIMONIO CULTURAL Y TURISMO SOSTENIBLE EN EL ESPACIO IBEROAMERICANO: RETOS Y OPORTUNIDADES DEL PRESENTE

Josep Ballart Hernández¹

Resumo. Este artigo visa a trabalhar com a relação existente entre patrimônio cultural e turismo sustentável, sobretudo com as possibilidades de exploração do patrimônio por meio do turismo cultural sustentável. Nessa direção, propõe uma reflexão sobre as possibilidades das economias ibero-americanas serem dinamizadas a partir da gestão do turismo sustentável.

Palavras-chave: patrimônio cultural; turismo cultural; desenvolvimento sustentável.

CULTURAL HERITAGE AND SUSTAINABLE TOURISM IN LATIN AMERICA: PRESENT OPPORTUNITIES AND CHALLENGES

Abstract. The relationship between cultural heritage and sustainable tourism is provided. Research deals mainly with the possibilities in exploiting cultural heritage by sustainable cultural tourism. The dynamic elements in Latin American economies may be activated through sustainable tourism.

Key words: cultural heritage; cultural tourism; sustainable development.

INTRODUCCIÓN

En el Foro de Ministros de Cultura y Encargados de Políticas Culturales de América Latina y el Caribe, que se realizó en Cuenca, Ecuador, en noviembre de 2002, se presentó la ponencia “El turismo como industria cultural. Hacia una nueva estrategia de desarrollo turístico en América Latina y el Caribe”, a cargo del Dr. Pedro Monreal, del Centro de Investigaciones de Economía Internacional de la Universidad de La Habana. Este trabajo de hondo calado y notable impacto en los

¹ Museólogo y docente – Universidad de Barcelona.

medios académicos y políticos de la región me parece un marco de referencia muy pertinente para orientar cualquier discusión sobre los retos y las oportunidades de hacer casar la conservación del patrimonio tangible e intangible de los pueblos, con el turismo. Monreal, al bosquejar un a modo de “estado de la cuestión” del turismo en aquel gran espacio geográfico, económicamente emergente, aborda algunos de los aspectos más sobresalientes del debate académico actual sobre la sostenibilidad en el turismo. De este trabajo pienso que se desprende una invitación a la reflexión sobre la necesidad de calibrar, en nuestra discusión sobre los retos del turismo cultural, entre riesgos y oportunidades, particularmente cuando se trata de intervenir en espacios sensibles económicamente y culturalmente. La cuestión no es baladí puesto que lo que se ventila es ni más ni menos que la armonización de unos intereses, más aún de unos derechos, a menudo contrapuestos, cuyo logro se asemeja a conseguir la cuadratura del círculo; a saber, crear un turismo sostenible² que favorezca el desarrollo de las comunidades receptoras, conservar, poner en valor y difundir su patrimonio cultural, sin targiversar su mensaje, y satisfacer las legítimas aspiraciones de uso y disfrute de unos determinados bienes por parte de los turistas.

La aportación de Monreal que sirve de frontispicio a los argumentos que siguen, transcurre por una senda intelectual que viene abriéndose paso desde hace más de tres décadas en el ancho espacio iberoamericano³, que se fundamenta en un principio rotundo de gran alcance: el verdadero desarrollo sólo puede sustentarse en la cultura. Para la región este principio adquiere carácter de emblema identitario, presentándolo en los foros internacionales como una contribución alternativa a esquemas de pensamiento único gestados y diseminados al calor de la postmodernidad. Hoy la antropología abona este punto de vista cuando sostiene que la economía forma parte de la cultura y que lo

² La Carta Mundial del Turismo Sostenible de 1995 auspiciada por UNESCO consagra el concepto de sostenibilidad en turismo, es decir, que sea soportable ecológicamente a largo plazo, viable económicamente y equitativo desde un punto de vista ético y social para las comunidades locales.

³ Entre sus hitos más representativos hay que citar a la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales (MONDIACULT) celebrada en México en 1982 y la creación de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo presidida por Javier Pérez de Cuéllar. Esta última redactó el informe “Nuestra Diversidad Creativa” que daba un giro importante a la forma de contemplar el impacto de lo cultural sobre el desarrollo social y económico de los pueblos. El Congreso Iberoamericano sobre Patrimonio Cultural, Desarrollo y Turismo celebrado en Morelia, Michoacán, (México) en 2003, supuso un paso más en la dirección del reconocimiento del papel del factor cultural en los procesos de desarrollo sostenible.

que llamamos progreso esta culturalmente condicionado. Aplicado a la sostenibilidad del turismo este precepto implica aceptar que desarrollo turístico no significa sólo crecimiento, y que la cultura ha de ser el elemento fundacional de cualquier actividad relacionada con el turismo.

Sin embargo, la experiencia acumulada nos dice, que cuando, como sucede tan a menudo, se circunscribe el enfoque del fenómeno turístico a lo estrictamente económico, adoptándose por parte de las Administraciones Públicas y de ciertos agentes una concepción instrumental del mismo que lo contempla estrictamente como un recurso endógeno fácilmente disponible, con gran capacidad de dinamización de la economía local, los riesgos toman la delantera a las oportunidades. Al contrario, si el punto de vista es menos unívoco y se da cancha a una discusión más abierta, plural y participativa del fenómeno, parece que se hace sitio a las oportunidades, por más que ello implique siempre habérselas con una mayor complejidad. En cualquier caso la complejidad viene convocada y servida porque, como sabemos, el turismo es, por un lado, un fenómeno socio-cultural muy complejo, irreducible a mera economía; y por otro, porque su innegable dimensión económica es muy singular, dado que se trata de una industria cultural caracterizada por un peculiar sistema productivo (la forma cómo se crea y se reproduce una cultura).

Por todo ello es interesante en mi opinión avanzar en la discusión revisando los conceptos clave que solemos manejar, como turismo cultural, industria turística e industria cultural; retomando sus definiciones para retocar flecos y pulir aristas, y llegar al final a una conclusión que indique, ni que sea de forma muy general, el camino por el que han de transitar las oportunidades.

A VUELTAS CON LOS CONCEPTOS

La noción de turismo cultural, clave para nuestros intereses como especialistas en patrimonio, está compuesta de dos nociones expresamente asociadas: turismo y cultura. Por turismo entendemos convencionalmente un tipo de actividad reconocible asociada al viaje, cuya motivación se distingue por ser ajena a las obligaciones derivadas de la actividad laboral normal. Se trata de una forma contemporánea de escapar de la rutina diaria, para emplear el tiempo libre ganado en una actividad distinta fuera del lugar habitual de residencia. O, en otras palabras, se trata de desplazar sobre el espacio nuestro tiempo de ocio para disfrutarlo de otra forma en un entorno distinto. En este sentido

muchos países han tendido a enmarcar el fenómeno turístico y contemplar sus propias posibilidades como espacio turístico, como destino turístico, en relación a la idea de facilitar el ocio de las personas. Un claro ejemplo de ello son las áreas especializadas en turismo de sol y playa.

Sin embargo, si nos remontamos a los orígenes elitistas del turismo como forma de emplear el abundante tiempo libre de las clases dirigentes, nace como necesidad individual de salir del estrecho espacio cotidiano para ir a la caza de unas experiencias enriquecedoras del espíritu, vistas como necesarias para completar una buena educación. Durante el siglo XIX la mayor porción de lo que podríamos conceptualizar como turismo, manteniendo su forzoso carácter elitista, seguía disfrutando de una motivación educativo-cultural (la otra pretendía sobre todo atender a la salud), que continuaba la tradición del viaje iniciático-formativo de los aristócratas del XVIII. Stendhal personificaría la figura emblemática del turista europeo decimonónico, que tras un largo peregrinar, cae de bruces ante las reliquias más sacrosantas de una civilización de la cual se siente heredero y partícipe al mismo tiempo. Aceptamos sin problemas que aquí turismo y cultura van de la mano de una forma podríamos decir que natural. Por tanto, podemos afirmar que desde los orígenes modernos, aristocráticos y románticos del turismo, turismo y cultura son dos ideas intencionadamente relacionadas, puesto que difícilmente se puede en aquel contexto conceptualizar como turista al viajero incapaz de levantar un brindis ante el espectáculo de la cultura (la propia o la de otros), ofrecido por los lugares por los que se desplazaba. ¿Ocurre hoy lo mismo? Parece plausible al mismo tiempo que sí y que no, puesto que la diversidad que nos abruma hoy día con su multifacetismo deslumbrador, da para todo.

Introducido el término cultura a tenor de la presunción que hacemos con relación al origen del turismo, asociándolo a un ansia individual por cultivarse mediante la experiencia que proporciona el viaje, es obligado realizar una corta digresión en relación a la noción de cultura. Por cultura debemos entender a los efectos que pretendemos, las manifestaciones diversas, de carácter tangible o intangible, de los patrones identitarios que los individuos de un grupo, pueblo, área geográfica o civilización, comparten. Y puesto que el individuo cultivado es aquel que se distingue, según una conocida definición canónica, porque nada que sea humano le es ajeno, la adquisición e intercambio de elementos de cultura por medio del viaje deberá ser pues, el resultado obtenido de experimentar costumbres, formas de vida y conocimientos

de los grupos humanos con los que se interactúa a lo largo del trayecto turístico.

Sin embargo hoy día, esta asociación entre turismo y cultura que parece tan propia y natural no les parecerá a muchos tan diáfana, como lo demuestra el hecho de que al hablar de la idea actual convencional de turismo hemos puesto el énfasis en la palabra ocio y no nos hemos visto obligados a mencionar la palabra cultura. ¿Ha dejado de ser cultura el turismo? Para hablar en propiedad de turismo en nuestro tiempo hay que distinguir también entre momentos distintos, puesto que el turismo y lo que se piensa del mismo, evolucionan muy rápidamente. En primer lugar es obligado referirse a la apertura del turismo y a su democratización en la segunda mitad del siglo XX, y a la aparición con ello del turismo de masas, que es preciso relacionar con la fundación de una verdadera industria del turismo. Esta industria levantada en pocos años en Occidente, habla de crecimiento y de productividad, y aplica al negocio de transportar, acompañar y alojar individuos en su corto tiempo de ocio, criterios empresariales de inspiración fordista. En relación al producto turístico ofertado comparte criterios de desarrollo del producto similares a las demás industrias en esta fase de desarrollo del sistema capitalista: seriación del producto, concentración espacial de los destinos, homogeneización, disminución de costes por unidad de producto, etc...

Con estos mimbres, si pudo persistir una cierta idea de turismo asociada a cultura, ésta no pudo dar muchos frutos. Sin embargo, las dos últimas décadas del siglo XX presenciaron una honda transformación del modelo turístico. El turismo de hoy, el turismo post-fordista, en palabras de Donaire (2002), recupera la noción de turismo cultural asociándola a las virtualidades de un nuevo turismo, y la contempla como una de las posibilidades del turismo contemporáneo vinculada a las nuevas oportunidades de ocio que brinda la sociedad postindustrial (Donaire, 2002). Por más que no disfrutemos de mucha perspectiva histórica para interpretar los datos de lo que está sucediendo ahora mismo, hay que señalar que los estudios que se están haciendo indican (Roberts 1999, 2001a, 2001b), que el turismo contemporáneo aparenta estar en permanente estado de transformación, que los modelos no son mutuamente excluyentes puesto que la demanda no es homogénea, y que a todo ello no es ajeno el hecho de que el papel reservado al ocio también evoluciona de manera sensible.

El ocio en la sociedad contemporánea no es ya un estado que sólo es posible conceptuar como el opuesto al estado de actividad, representado en su esencia por el quehacer laboral, sino que, en

coincidencia con determinadas concepciones pre-capitalistas, el ocio postindustrial o postmoderno vuelve a ser fuente de enriquecimiento personal, de cultivo personal. Coincidimos otra vez aquí con Pedro Monreal (2003, p.222) en que el turismo contemporáneo es un fenómeno social y cultural muy complejo, que ha adquirido la categoría de institución cultural en sí mismo, a la vista de las “nuevas” necesidades que alienta y de las que se nutre: individualismo, búsqueda fuera de una liberación personal, celebración de las conquistas democráticas, reivindicación de las identidades culturales, tanto propias como ajenas, consumismo..., necesidades que conforman valores renovados de nuestro mundo globalizado del inicio del tercer milenio.

Si pasamos a considerar en otro nivel de análisis la dimensión económica del turismo, no habrá manera de excluir de la discusión la dimensión cultural, puesto que hemos aceptado el principio de que la cultura debe ser el elemento sobre el que enraíza todo proceso de desarrollo que tiene que ver con el turismo. Ello nos lleva a hablar del turismo como de una verdadera industria cultural. Las industrias culturales son un fenómeno relativamente nuevo. Hace cuarenta años nadie hablaba de ellas por más que ya existieran, pero ello era debido al poco peso económico en conjunto que tenían y al hecho de que no se las considerara un sector estratégico. El conjunto de las industrias culturales constituye actualmente, sin embargo, gracias al desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), y del turismo (la combinación de ambos es quizá la más genuina expresión de la globalización), un verdadero cuarto sector en rápido desarrollo de la economía, siendo una gran promesa de futuro. La industria turística, la más sobresaliente de las industrias culturales, es ya una de las tres actividades económicas más importantes del cambio de milenio a nivel mundial, contribuyendo según ciertas fuentes en un 10% al PIB mundial⁴.

La teoría insiste en que el turismo es actualmente un indiscutible factor de paz, desarrollo e intercambio humano basado en la cultura⁵. Su reciente dinamismo y su escala global se explican en gran parte por su origen cultural: participa de la cultura contemporánea democrática del ocio, la libertad y el consumo, como antaño participaba de la cultura moderna aristocrática de las luces. En este sentido todo turismo es turismo cultural. Aliado con el conocimiento, cuya diseminación facilitan

⁴ Este es un dato que debo a mi colega Jordi Juan Tresserras

⁵ A este respecto UNESCO ha publicado en 1997 un documento importante: las actas de la conferencia internacional celebrada en París en 1996 con el título “*Proceedings of a round table on culture, tourism, development: crucial issues for the XXIst century*”.

las TIC, es todo un factor de esperanza para un desarrollo más integral de los pueblos, sobre todo de los del Tercer Mundo. Pero la singularidad del turismo como industria estriba en su peculiar sistema productivo: se basa en el uso de recursos endógenos escasos y no renovables, es decir, paisajes generalmente habitados y obras del ingenio humano, con lo que su sostenibilidad en el tiempo deviene un verdadero reto. El turismo además consume mucho territorio (o mejor dicho lo transforma con lo que genera sus propios nuevos paisajes turísticos) y provoca sobre las comunidades receptoras efectos de aculturación, de impacto a menudo demoledor (la mimesis de la aculturación puede ser especialmente nociva en espacios como el iberoamericano tal culturalmente complejos y ricos). Un indicio de la creciente consciencia de los efectos del turismo sobre el territorio y el medio ambiente, al socaire de una visión más integral de la conservación mediambiental, es por ejemplo, la incorporación a la discusión sobre la conservación de los humedales, del factor cultural humano, en términos tanto de las poblaciones que tradicionalmente los habitan, como de las que acuden a ellos como turistas⁶, y de sus interrelaciones.

LOS RETOS DEL TURISMO CULTURAL

Si es un dato incuestionable que el turismo transforma en ocasiones profundamente los espacios físicos, más de lo deseable o lo soportable para alguna de las partes, más puede llegar a transformar las mentes. Sin duda, desde el punto de vista de la sostenibilidad del desarrollo humano de las comunidades receptoras, el turismo estimula más que genera una dialéctica muy de nuestro tiempo: la que enfrenta identidad con globalización. Uno de los principales retos a que está llamado el turismo cultural a este respecto, especialmente en el subcontinente sudamericano, es a forjar o restablecer equilibrios. Dicho de otra manera, por la vía de favorecer unas relaciones interculturales muy “conscientes”, habría margen para avanzar en el refuerzo de las identidades culturales de las comunidades receptoras. La mejor carta de presentación del “nuevo” turismo cultural sería, pues, su contribución a la sostenibilidad del turismo a distintos niveles. Examinado uno de esos

⁶ La gestión del patrimonio cultural de los Humedales de Importancia Internacional de la Convención de Ramsar, en el contexto de los impactos del turismo, es el nuevo tema estrella objeto de debate actualmente con relación a estos espacios naturales, particularmente tras el impulso dado al tema por parte de la Conferencia de las Partes Contratantes del Convenio, celebrada en Valencia, España, a finales del 2002.

niveles en el apartado anterior, otro se refiere al impacto directo del uso del patrimonio cultural como recurso.

Sabemos por los desarrollos habidos en Europa sobre todo, durante las últimas décadas, que la otorgación al patrimonio de un valor nuevo “de uso”, lo transforma en un instrumento idóneo de las políticas de planificación y desarrollo del territorio. Parte de su efecto transformador a nivel local consiste en su contribución a internalizar la riqueza generada con la activación del recurso patrimonial, más cuando que se trata de explotar unos recursos no exportables que la ley protege como bienes de especial interés público. La experiencia europea también nos demuestra que el turismo cultural puede contribuir a mejorar los niveles de protección y conservación del patrimonio cultural tangible mueble e inmueble, puesto que al favorecer su acceso y conocimiento a través de una mayor legibilidad del mismo (programas didácticos y de difusión) promueve una mayor sensibilización social a su favor. Pero para que ello de los frutos esperados, las comunidades receptoras han de poder ser parte; en otras palabras, han de gozar de autonomía y capacidad suficiente para poder gestionar el patrimonio cultural local. El Estado por su parte ha de ejercer con eficacia el papel que las leyes le reservan. Todo ello implica en el caso de iberoamérica, posiblemente devolución de competencias sobre la gestión del patrimonio cultural tangible por parte de la Administración, capacidad de organización de las partes, cierta capacidad económico-financiera y, muy en especial, acceso a una formación especializada.

Otro aspecto de este proceso de internalización de la riqueza generada, tiene que ver con la potenciación de la producción local de bienes y servicios de carácter cultural y su comercialización, particularmente la producción y comercialización de artesanía, aunque también y de forma creciente, de productos audio-visuales y de servicios culturales especializados. A este respecto, formación y profesionalización son dos condiciones necesarias aunque quizá no suficientes. El desarrollo de productos y servicios culturales representa una clara apuesta estratégica, con un gran margen de crecimiento en todo el mundo y especialmente en iberoamérica.

CONCLUSIÓN: PROPUESTAS PARA UN DEBATE

Como conclusión a lo dicho, quedaría fijar en un exigente cuadro de honor una serie limitada de propuestas estratégicas a incorporar a todo debate sobre turismo cultural en iberoamérica, propuestas que deberían

interpretarse como simiente de oportunidades para el desarrollo de un turismo sostenible en la región.

Yendo de lo general a lo particular, pienso en primer lugar que debería afirmarse que todo turismo es turismo cultural si entendemos que el turismo se fundamenta en la cultura. Esta idea nos invita a reforzar la implicación de estudiosos y expertos culturales y en particular de los que se dedican al patrimonio cultural, en el ámbito del turismo, tanto en lo relativo a la planificación y gestión, como a los estudios, y a reivindicar para el sector de la cultura mayores cotas de liderazgo político y de la opinión pública en este terreno.

En segundo lugar, contemplar el turismo como un campo de intervención en el que habrá que perseguir soluciones de largo alcance de carácter cualitativo y no sólo soluciones a corto plazo de carácter cuantitativo. Dicho de otra manera, sólo se podrá transformar el turismo en una actividad sostenible a base de más formación, más educación, más inequívoco reconocimiento de derechos, más participación, más diálogo, más reparto equitativo de competencias entre administraciones, etc...

En tercer lugar pienso que la fórmula de la sostenibilidad sólo puede aplicarse con garantías contando con el liderazgo de UNESCO, lo que ha de estimular tanto a las organizaciones gubernamentales como a las no gubernamentales y a las empresas. Es precisamente tan importante organización internacional la que ha tomado la delantera desde hace décadas y nos señala el camino a seguir en lo que respecta a búsqueda de consensos y establecimiento de marcos éticos en cuestiones de desarrollo humano, contribuyendo a ello mediante la generación de una normativa de obediencia internacional, y auspiciando la elaboración de códigos deontológicos y de buenas prácticas para los agentes que sirven a los intereses públicos en los ámbitos de la educación y la cultura.

En cuarto lugar y relacionado con lo anterior, pienso que hay que construir el turismo del futuro sobre la base del *“nulla estetica sine etica”*, por lo que con vistas a la conservación de los paisajes culturales y del patrimonio cultural de los pueblos, y en definitiva a la sostenibilidad del turismo, habrá que construir nuevas bases de relación y concierto entre las partes, empezando por el impulso de una ética de la industria turística. A este respecto la organización española independiente Instituto de Turismo Responsable ITR–Biosphere Hotels, que promueve la idea de un “turismo responsable”, ya trabaja en la línea de promocionar entre la industria turística modelos turísticos sostenibles.

En quinto lugar, continua siendo preciso seguir profundizando en una visión integradora entre naturaleza y cultura, también a efectos del

análisis de los impactos turísticos, que promueva el diálogo y la colaboración científica y profesional entre planificadores y gestores turísticos, naturalistas y expertos en patrimonio cultural.

En sexto lugar, en muchos países de iberoamérica, junto a un mayor impulso político de los gobiernos en todo lo relativo a tareas de planificación, alta gestión y eficaz persecución del expolio, se hace urgente llevar a cabo un proceso con connotaciones fundacionales de descentralización administrativa y de devolución de competencias, destinado a acercar la gestión de los recursos turísticos y en particular del patrimonio cultural, a los territorios y a las gentes.

Finalmente, llegando a lo más particular, pienso que una de las llaves del desarrollo socialmente y económicamente equilibrado del turismo en muchos países, es el fomento del desarrollo in situ de productos y servicios culturales para su comercialización directa. Para ello parece ineludible una mayor colaboración entre administración pública e iniciativa privada, requerimiento que también alcanza a los aspectos relativos a la planificación turística.

REFERÊNCIAS

- BALLART, J. (2002): *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Ariel, Barcelona. 2ª edición.
- BALLART, J. y Juan, J. (2001): *Gestión del patrimonio cultural*. Ariel, Barcelona
- BALLART, J. (2004): “Un nuevo público para unos nuevos museos”. *PH48 Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, pp.94-100. Junta de Andalucía, Sevilla
- BONET, Ll. (2003): “Industrias culturales y desarrollo en Iberoamérica: antecedentes para un debate”. *Patrimonio Cultural y Turismo. Cuadernos 3*, pp.127-150. CONACULTA, México DF
- DONAIRE, J.A. (2002): “Los nuevos espacios del turismo. Ocio y territorio en la sociedad postindustrial”. 24 pág. Inédito. Curso de Turismo Cultural y Gestión del Patrimonio. Universidad de Alicante-Fundación Cabanilles de Altos Estudios Turísticos.
- IBAÑEZ MONTOYA, I. (2003): “La resistencia del tiempo”. *Patrimonio Cultural y Turismo. Cuadernos 6*, pp.61-77. CONACULTA, México DF.

MONREAL, P.(2002): Documento preparado para el Foro de Ministros de Cultura y Encargados de Políticas Culturales de América Latina y el Caribe. 60 pág. Inédito.

MONREAL, P. (2003): “El turismo como industria cultural. Hacia una nueva estrategia de desarrollo turístico en América Latina y el Caribe”. *Patrimonio Cultural y Turismo. Cuadernos 3*, pp.213-236. CONACULTA, México DF.

PRATS, Ll. (1997): *Antropología y patrimonio*. Ariel, Barcelona

RICHARDS, G. (1999): *Developing and Marketing Crafts Tourism*. Atlas, Tilburg.

RICHARDS, G. (2001a): “El desarrollo del turismo cultural en Europa”. *Estudios Turísticos*, 150, Madrid.

RICHARDS, G. (2001b, ed.): *Cultural Attractions and European Tourism*. Atlas, Tilburg

UNESCO (1998): *Plan de Acción sobre Políticas Culturales para el Desarrollo*. Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo. Estocolmo, 1998